

## Siete y media

Un hombre alcanza a la carrera un ómnibus de transporte público y lo aborda en el instante en que el vehículo reanuda la marcha tras haberse detenido unos segundos en una esquina. Los cuarenta hombres que se apretujan en el interior —trabajadores de ocupación modesta que a esa hora temprana de la mañana se dirigen a sus centros laborales— se dan cuenta de que el hombre pudo haber resbalado y caído a la calzada, pero comprenden el porqué de tan arriesgado abordaje: el pasaje obrero. Vigente sólo hasta las siete y media de la mañana, el pasaje obrero es el precio excepcionalmente rebajado que puede pagarse por el transporte. Y aunque su menor costo dista poco del corriente, significa para estos hombres sin fortuna el ahorro de una cantidad inapreciable.

El hombre que acaba de abordar el ómnibus es viejo, de traje pobre y marchito; tiene el rostro empapado de sudor y respira con ruidos incontenibles, abrumado por la carrera.

—¿Qué hora es? —pregunta, los ojos desorbitados por la ansiedad y el temor.

—Todavía no son las siete y media —le dicen.

Y entonces hay en este pobre hombre un hondo y sonoro respiro como si al fin se librara del agobio y la desesperación.

El hombre ha quedado muy cerca de la puerta posterior, por donde acaba de entrar: no ha podido avanzar más. De la parte delantera le llega apenas audible la voz del cobrador, que se acerca:

—Pasajes, pasajes...

Sin embargo, los minutos transcurren y el cobrador aún no llega al lugar donde él se encuentra.

Una sospecha, que le viene de súbito, lo estremece: ¿y si el cobrador llega a la parte posterior pasadas las siete y media? Y entonces una sensación opresiva lo ha impulsado a querer avanzar. Pero ha sido inútil: es imposible abrirse paso. Luego advierte casi con terror que los pasajeros de su entorno tienen en la mano el billete del pasaje obrero y se siente aplastado por una evidencia: antes de que él subiera el cobrador estuvo en aquella parte. Recuerda que después de él nadie ha subido, pese a que el ómnibus se ha detenido varias veces. ¿Será entonces el único que tratará de convencer al cobrador de que tiene derecho a pagar el precio del pasaje obrero porque ingresó al ómnibus antes de las siete y media? El hombre se siente desolado, intensamente desolado...

—Su pasaje.

El hombre levanta los ojos al instante: el cobrador está al pie, mirándolo con incisiva impaciencia. Saca entonces con dificultad unas monedas —es todo el dinero que tiene—, las cuenta minucioso y las entrega.

—Aquí falta.

El hombre cree desfallecer.

—¿No hay pasaje obrero? —pregunta con una humildad dolorosa.

—Ya no hay. Son siete y treintidós.

—Pero es que yo he subido al ómnibus antes de las siete y media —La voz le ha brotado al hombre encogida y distante.

—Eso a mí no me interesa. Se pasó la hora. ¿Va a pagar?

El hombre ha quedado quieto, callado; tiene ese aire de desolación de las cosas en escombros.

Entonces se oye una voz:

—Ese hombre se encuentra acá desde antes de las siete y media.

Es una voz segura, de abierta resolución.

—¡Sí! —confirma otra voz.

—¡Es cierto! —subrayan simultáneamente los otros hombres.

—¡No tengo nada que ver con eso! —responde con duro desdén el cobrador. Y dirigiéndose al chofer, agrega con voz potente y brutal:— ¡Aquí hay uno que no quiere pagar! ¡Detén la marcha para que se baje!

Un chirrido de frenos penetra en los oídos como si los desgarrase; el ómnibus se sacude, se bambolea y

al fin se detiene. Pero entonces los dueños de las cuarenta voces avanzan en oleada hacia el cobrador.

—De aquí nadie se baja, ¿entiende? —dicen— Este hombre ha subido al ómnibus antes de la siete y media y usted debe cobrarle el precio del pasaje obrero.

Hay en los ojos de los cuarenta hombres una extraña decisión.

El cobrador no ha dicho nada. Ha entregado al hombre el billete del pasaje obrero y ha deslizado en la bolsa las monedas recibidas. Luego ha ido hacia adelante, seguido por la mirada intensa, tenaz de los cuarenta hombres.

...El ómnibus ha proseguido la marcha.